

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO
PRONUNCIADO POR EL
ILMO. SR. D. FRANCISCO GIL CRAVIOTTO
EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA
Y
CONTESTACIÓN
DEL
ILMO. SR. DON FERNANDO DE VILLENA
ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL DÍA 21 DE MAYO DE 2012

GRANADA
MMXII

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
c/ Almona del Campillo, 2 - 3º
18009 Granada
www.academiadebuenasletrasdegranada.org
Imprime: La Gráfica S.C.And. - Granada
Depósito Legal: Gr-1041/2012

DISCURSO
DEL
ILMO. SR. D. FRANCISCO GIL CRAVIOTTO

El Sena, río literario



Excmo. Sr. Presidente
 Excmos. e Ilmos. Sras. y Sres. Académicos
 Señoras y señores, amigos todos:

EL protagonista de este discurso es un personaje inmenso y fluvial: el Sena. Un río de 776 kilómetros que nace en el altiplano de Langres y, después de pasar por Troyes, París, Mantes la Jolie y Rouén, desemboca en el Atlántico, dividiendo en dos la ciudad del Havre. Es uno de los ríos del mundo que han producido más libros y literatura. Así nos lo hace saber la profesora Lola Bermúdez Medina, de la Universidad de Cádiz, en un documentado trabajo sobre este río y sus relaciones con la literatura:

...Es innegable que el Sena también tiene relaciones íntimas y lejanas con los libros y que las ocasiones en que aparece reflejado son numerosas.

Y así lo ratifica también Azorín al hablarnos del Sena y de los puestos de libros que se asientan sobre los malecones del río, los famosos *bouquinistes* del Sena.

La línea de los puestos de libros, en el Sena, es dilatada: en la orilla izquierda, la del Barrio Latino, va desde el malecón de Orsay, hasta el muelle de la Tournelle, frente al mercado del vino. (...) Vendrán a ser, entre todos los muelles en que hay cajas de libros, tres o cuatro kilómetros de volúmenes viejos.

Tres o cuatro kilómetros de libros, nos precisa Azorín, sólo contando la orilla izquierda del Sena. Si a éstos sumamos los de la orilla derecha y los del Boulevard Saint Michel y calles próximas, ¿cuántos kilómetros más tendríamos que añadir? El

filósofo alemán Walter Benjamin, sin necesidad de contar los kilómetros, simplemente nos dice que «París es una gran biblioteca atravesada por el Sena». No es de extrañar que, entre tantos libros, aquí y allá aparezca reflejado el río y su entorno más inmediato.

El Sena y los *bouquinistes* en los malecones del río forman parte de la visita imprescindible de todo turista que pasa por París. Pero al instante surge la pregunta: ¿Es éste el Sena auténtico? ¿No se tratará de la estampa estereotipada pensada para turistas y provincianos apresurados? Francia, siempre habilidosa para exportar al mundo sus maravillas, ha conseguido, a través del tiempo, el cine y la literatura, crear una imagen muy particular de esa parte de París, tan conocida y apreciada como puedan ser las de Pigalle y el Sacré Coeur con los pintores aparentemente bohemios de la Plaza de Tertre, la de la Ópera o el museo del Louvre. En París se dice que haga frío, calor, hiele o relampaguee, el *bouquiniste* siempre está en su puesto, salvo... cuando no está. ¿Quién no recuerda la clásica postal?: en primer plano el puesto del *bouquiniste*, con sus libros y sus acuarelas de París; al fondo las torres mochas de Notre-Dame y, en medio, el río, que más parece canal, preso entre dos muros de piedra. Las losas relucientes de la acera, señal inequívoca del reciente chaparrón, y una lejanía de brumas o acaso las últimas luces del atardecer, completan la estampa.

Frente a esa imagen del Sena parisino, prisionero entre dos muros de piedra y cemento, basta salir de París y recorrer unos pocos kilómetros hacia el este o el oeste para encontrarse con otra imagen muy distinta del río. Ahora, libre y mayestático, el Sena discurre perezoso entre bosques y campos de cultivo, pasa por pueblos y aldeas, cuyas casas y arboledas se reflejan en la profundidad de las aguas, se recrea en la her-

mosura del paisaje que riega y alimenta, y, a través de islas y meandros, se pierde, sin agobios ni prisas, camino del Havre.

Pero hay otras diferencias más profundas que a primera vista casi nadie percibe. Es necesario pasear muchas veces por las riberas del río para verlas. Me refiero especialmente a los pájaros –muchos más y mucho más variados en la zona rural–, a la ausencia o presencia de ciertos animales –por ejemplo, ardillas totalmente ausentes en el río ciudadano– y, al paso de las estaciones. Mientras que primavera, verano, otoño e invierno se posan casi de puntillas sobre los árboles de las riberas del río urbano, en la zona libre y rural del mismo, cada una de estas estaciones clava su huella en los entornos del río y deja, ante los ojos del atento contemplador, su imperecedera estampa. La sabiduría popular ha sabido simbolizar las dos estaciones más bellas del año –la primavera y el otoño– en sendas flores –el lirio de los valles y el cólquico–, para las que yo pido a ustedes un minuto de parada en cada una de ellas.

Comienzo por el muguete o lirio de los valles.

Inmaculadamente blanco, aunque también existe en la versión rosa, con las flores en forma de pequeños cascabeles, que, juguetones, se columpian sobre una ramita verde y agobiada por el peso, el muguete o lirio de los valles es la planta *porte bonheur*, (es decir, portadora de felicidad), de Francia. Resulta imposible precisar qué nos seduce más en esta flor: si la inmaculada blancura de sus cascabeles o el delicioso perfume que emana de ellos. Dicen que el divino Apolo cubrió el suelo del Parnaso con una alfombra de lirios de los valles para que las musas que lo seguían, enamoraban y seducían, no se lastimasen los pies. Esto nos indica la ascendencia mitológica de esta deliciosa planta que, según las referencias de folcloristas

e historiadores, ya se hallaba presente en todas las celebraciones paganas en honor a Dionysos, lo mismo que en las de los celtas y ahora continúa en la inolvidable fiesta del primero de mayo. Una de las pocas fiestas francesas en la que no hay ningún vínculo que la relacione con las solemnidades del catolicismo, con los vaivenes de la política o las conmemoraciones de revoluciones, guerras y batallas. Quizás por eso resulta tan entrañable.

Ese día, inolvidable y fascinador, en el que todo el mundo está autorizado a vender esta planta, niños y chicas en flor abordan a las gentes en la calle para ofrecerles su ramita de muguete, portadora de felicidad; pero, por lo que cuentan los entendidos, las ramas más meritorias no son las que se compran en avenidas y plazas, sino las que se consiguen en el bosque y de éstas —algo casi imposible—, las que llegan a las trece flores. Familias enteras desplegadas por los bosques y arboledas que bordean el Sena, niños que corren y juegan, felicidad del instante que peina de hermosura el sol primaveral de los inicios de mayo. ¡Hedonista alegría de vivir y gozar!

Pido otro minuto para la flor del otoño, el cólquico. Esta flor no tiene ningún día dedicado a ella; pero, en justa compensación, disfruta del alto honor de haber pasado al folclore popular.

Ha llegado el otoño. Hace ya unos días que, al igual que todos los años, la canción infantil lo viene anunciando:

*Colchiques dans les près...
C'est la fin de l'été.*

Así es. Al borde de los caminos, entre las hierbas que no ha secado el estío, y en las extensas praderas donde pacen los

caballos o las vacas normandas, aquí, allá y acullá, surge esta pequeña y delicada azucenita silvestre, insignificante y marginada entre malezas, con la que la naturaleza se despide de sus esplendores estivales. No necesita riegos ni jardinero. Nadie la cuida, nadie la mimra ni estercola, pero, indefectiblemente, morada y frágil, aparece todos los años para decir adiós al verano o acaso a dar la bienvenida al otoño que llega.

La aparición de los cólquicos es la primera señal del cambio de estación. Muy pronto el verde, el color predominante de toda la primavera y verano –“verde que te quiero verde”, habría gritado aquí nuestro Federico al contemplar la fragosidad de estos bosques y arboledas–, va a ir cediendo al dorado y, poco después, al cobrizo. Los árboles más generosos, –avellanos, nogales, castaños, manzanos–, antes de despojarse de sus hojas, nos ofrecerán el regalo de sus frutos. ¡Qué delicia para pequeños y grandes, en estas tardes soleadas de septiembre, ir al campo a buscar avellanas, y ya entrado octubre, también nueces y castañas!

Aún tengo que señalar otra importante diferencia entre la parte urbana y la rural de nuestro río. Mientras que en París el Sena aparece católico y gótico, con edificios tan significativos como *Notre-Dame* o la *Sainte-Chapelle*, en cuanto se adentra en las zonas boscosas del oeste, se hace hedonista y pagano y, sobre todo a finales del siglo XIX y comienzos del XX, poblado de ninfas, sátiros y otras deidades de la antigüedad clásica, que en las largas tardes de finales de primavera y en los atardeceres del estío, juegan a perseguirse y amarse bajo la densa sombra de los árboles centenarios. Ninfas y náyades, llevadas expresamente en barca desde París, sin más finalidad que la de dejarse perseguir y atrapar, mientras eran seducidas, veían las hojas de los árboles al

revés. Parece que la expresión se hizo muy popular en aquellos años de finales de siglo hasta el extremo que Guy de Maupassant y sus amigos del remo, en honor a las varias niñas que pasaron por su barca, bautizaron ésta con el significativo nombre de “Les feuilles à l’envers” (“Las hojas al revés”) También cuentan que Flaubert, el gran mentor y padrino literario de Guy, más de una vez lo reprendió con estas palabras: “Menos remo y menos putas”.

Tan hedonista vivir no le impidió a Guy de Maupassant dejarnos inolvidables páginas sobre el río y sus alrededores. Valga de muestra esta deliciosa estampa de sus paseos por las orillas del Sena:

Qué paseos a lo largo de las riberas floridas, con mis amigas las ranas que soñaban, con la tripa al fresco, sobre una hoja de nenúfar, y los lirios de agua coquetos y frágiles, entre las grandes hierbas finas que me abrían de pronto, detrás de un sauce, una página de álbum japonés cuando el martín pescador huía ante mí como una llama azul.

O esta magnífica descripción del Sena. Un Sena libre, sin muros y adornado de islas y meandros:

Delante de nosotros el Sena se deslizaba, ondulante, sembrado de islas, bordeado a derecha de blancos acantilados, que coronaba un bosque; a izquierda, de praderas inmensas que, allá, muy allá, otro bosque limitaba. De tiempo en tiempo, grandes buques a lo largo del río.

En otro libro, una novela titulada “Bel Ami”, una gran

novela, dicho sea de paso, don Guido nos ofrece una descripción casi idéntica del Sena.

... Y el Sena continuaba su camino, atravesando una gran colina ondulada, sembrada de pinos y allá arriba mostrando en algunas partes, sus huesos de piedra blanca, después de haber descrito una amplia curva redondeada, desaparecía del horizonte. Se veían navíos subiendo o bajando el río, arrastrados por barcos de vapor.

Fue por esas mismas fechas en que Guy de Maupassant disfrutaba de los encantos de ninfas y náyades del Sena cuando nuestro paisano Pedro Antonio de Alarcón llegó a París. Sus breves estampas sobre el Sena se hallan en un libro de viajes titulado “De Madrid a Nápoles” y en él no sabemos qué nos llama más la atención: si lo que cuenta del viaje o los comentarios que éste suscita en él. Son unos comentarios tan decididamente iconoclastas contra todo lo que se ha dado en llamar modernidad que, antes de pararnos en la contemplación del río, me ha parecido interesante espigar aquí y allá algunos de ellos. Comienzo por esta puritana opinión sobre el baile de moda en aquellos años: el can-can:

¡El can-can!... que es indescriptible; que es el retozo bestial convertido en arte; que es el más grosero sensualismo llevado a la escena o paseado por los sitios públicos; que es, sin embargo, el non plus ultra del entusiasmo del pueblo parisién.! (...)

Sigo con el mismo tema, pero ahora centrado en la valoración que hace de la bailarina principal de aquellos bailes, la

muy popular Margarita Bédel, más conocida por la *Rigolboche*, y su increíble facilidad para alzar las piernas:

¿Sabéis cuál era el mérito, cuáles los títulos, cuál el fundamento de la reputación de aquella mozueta, que no es bella, que no tiene talento, que no ama la virtud y que ni tan siquiera sabe bailar? ¡Pues todo consistía en que la Rigolboche, en el solo del cancan, levanta la pierna a tal altura, que derriba el sombrero de sus admiradores!...

Interrumpo las frivolidades del can-can y hago parada y fonda en estas sabrosas consideraciones sobre la democracia y sus, para él, perniciosas consecuencias:

Sentí que una honda tristeza se apoderaba de mi ser, y pedía a Dios, con todas las fuerzas del amor patrio, que retrasase para España la hora de su completa civilización, si esta civilización ha de producir siempre resultados por el estilo de los que había contemplado en Francia... (...) Entonces, y sólo entonces, me convertí repentinamente de demócrata en conservador.

Vuelvo a hacer parada para que el lector disfrute saboreando esta parrafada contra los hambrientos que tienen la osadía de pedir pan y trabajo.

(...) ¡Pero la demanda de “pan...por derecho propio”, o sea el derecho al trabajo, era horrible y no podía satisfacerse!...

Termino esta larga sucesión de citas con la guinda del pastel: los grandes remedios que él nos propone para atajar los males del siglo.

Hubiera bastado, en verdad, a la consecución de semejantes fines, fortificar los intereses morales; espiritualizar, digámoslo así, las costumbres; levantar las almas a inspiraciones más nobles que el dinero; despertar en los corazones metalizados las dormidas raíces de la fe en Dios; aumentar la vida del alma; retrotraer, en fin, las clases menesterosas a su antiguo venturoso estado de paciencia, respetos y esperanzas...

Después de leer estos primores, cuesta mucho trabajo imaginarlo, algunos años atrás, denostando contra curas y frailes y fustigando en su periódico “El látigo” a la reina Isabel II. ¡Quien te viera y quién te vio! En París también tuvo tiempo de visitar el Sena y dejarnos unas páginas sobre el río y sus alrededores. Valga como ejemplo este apunte sobre el Sena a su paso por Chatou. Un Chatou que en nada se parece al actual.

Eché pie a tierra al principio de una alameda frondosísima que me dijeron conducía a Chatou. Ningún otro viajero se bajó aquí conmigo. La alameda en que me quedé solo, y que era tan severa y regular como la de un cementerio moderno, se dilatava ante mí, larga y sombría, dejando paso a veces a la pura luz del sol de la mañana; brillaba el rocío en la menuda hierba; la fina arena que crujía bajo mis pies, exhalaba un olor acre, que se mezclaba con el aroma de las últimas flores del año: ¡todo era paz, silencio y dicha en torno mío!

O este otro apunte sobre la isla de Croissy:

La tierra en que habíamos desembarcado era, en efecto una isla de 300 o 400 pasos de anchura por media legua de longitud. Estaba inculta y despoblada. Un pomposo y enmarañado bosque la llenaba de sombra y de misterio, y, sin la luz que penetraba horizontalmente por entre los troncos de los árboles, hubiera reinado allí perpetúa noche. Mullida alfombra de verde hierba cubría, en fin, las plazoletas que aparecían a veces entre el arbolado... Y ¡qué paz!, ¡qué silencio, sólo turbado por las aves! ¡qué fresco y embalsamado ambiente en aquella afortunada isla!

Pero, cuando llegaba la noche, especialmente las cálidas noches de verano, la isla se convertía en arcadia de ninfas y sátiros que jugaban y corrían entre las espesuras arboladas. Don Pedro Antonio de Alarcón aprovecha la ocasión para escandalizarse una vez más.

Se reúnen en la isla y pasan la noche cantando, bailando, comiendo y bebiendo en la espesura, que iluminan muy poco o dejan en amable sombra, facilitando todo género de lances y sorpresas, y produciendo la bacanal más desenfrenada, deshecha y delirante que registran las historias. (...) Es la promiscuidad pagana, el ayuntamiento a primera vista... No es la orgía social; es la orgía animal.

Suficiente como muestra.

Algunos años después otro gran escritor, Octave Mirbeau, nos deja su apunte sobre el Sena. Don Octavio nació en Trévières (Baja Normandía, tierra de prados, manzanas y acantilados) el 16 de febrero de 1848 y murió en París el 16

de febrero de 1917. Sesenta y nueve años de existencia, ni un día más ni un día menos, que don Octavio aprovechó para escribir, vivir ardientes amores y desamores, polemizar contra todos los gerifaltes de la derecha de entonces, denostar contra curas, frailes y burgueses –su precio fue nada menos que doce duelos–, y, redomado hedonista, disfrutar de todos los deleites de la vida. Una vida, justo es reconocerlo, llena de contradicciones y postulados absurdos, algunos tan lamentables como considerar que una persona de izquierdas jamás debe ir a votar. Él lo dice bien claro en uno de sus libros: “La grève des urnes” (“La huelga de las urnas”):

“Los corderos van al matadero. No se dicen nada ni esperan nada. Pero al menos no votan por el matarife que los sacrificará ni por el burgués que se los comerá. Más bestia que las bestias, más cordero que los corderos, el elector designa a su matarife y elige a su burgués. Ha hecho revoluciones para conquistar ese derecho.”

Pero toda la obra de Mirbeau no es detestable. Ni mucho menos. Justo es señalar a su favor su valiente posición en el *affaire Dreyfus*, su decidido talante de escritor *engagé*, sus valiosísimas críticas de arte, y la profundidad psicológica de algunas de sus novelas.

Otro punto muy a favor de Octave Mirbeau es su decidida posición ecologista –un ecologista *avant la lettre*– y su inconfundible amor por los animales. Es precisamente en el último libro que escribió Mirbeau–, donde el gran escritor más extensamente nos habla del Sena. Pero, ¡qué Sena! Un Sena manchado de sangre. No es sangre humana, pero no por eso menos dolorosa. ¡La cacería del ciervo! Un horror que

durante siglos se ha venido repitiendo en los bosques que orillan el río. Mirbeau nos lo cuenta así:

Poco a poco la voz del bosque se alza y grita. El vocerío de la jauría se acerca, cada vez más ronco, más terrible. Resuena el cuerno. Aquí y allá se oyen gritos, clamores, galope de caballos.

Yo he oído como la caída de una gran piedra al río. Se distinguen movimientos, olas blanquecinas que se alaragan. En la luz amarillenta de la tarde que cae se ve un ángulo negro: la espalda del ciervo. (...) Es el delirio. Empujones, gritos, voces furiosas de los hombres animando a los perros. Y los jinetes que llegan de todas partes. Los cascos de los caballos resuenan en el empedrado. Se agitan pañuelos, sombreros. Todas las voces, ruidos, gritos, gestos, tienen un carácter salvaje, de exaltación homicida.

Así termina la salvajada. Una salvajada que no tiene nada que envidiar a nuestras denostadas corridas de toros o a la fiesta de las antorchas en los cuernos de dichos animales.

Fue por esas mismas fechas, cuando llegó a París Manuel Azaña. Es un Azaña joven, poco más de treinta años, que, becado por el gobierno de España, permaneció en París un par de años. Seguro que ni se le pasó por la cabeza que un día él pudiera ser jefe de Estado y mucho menos que llegara a presidir una guerra. Llama poderosamente la atención la sencillez y veracidad con que el joven Azaña –32 años– describe los alrededores de París. Valga de ejemplo este fragmento de una carta que dirige a un amigo de Madrid, José María Vicario. Lleva la fecha de 2 de marzo de 1912.

La otra semana hice la primera excursión. Nos embarcamos en un vaporcillo y, aguas arriba, fuimos hasta Charenton; allí tomamos tierra y anduvimos a la aventura por un camino desconocido. Seguíamos a lo largo de un canal, prudente y callado como todos los canales. Una barca enorme remolcada por un caballo iba delante de nosotros. El sol pasaba por entre los troncos verdinegros de los árboles. A la derecha corría un río de verdad, sin muelles, ni barcos, ni atracaderos.

Salvo el viaje en el vaporcito –ahora sería en el RER– y la alusión a la barcaza remolcada por un caballo –los famosos *chemins de halage* de los ríos y canales de Francia– todo lo demás que Azaña cuenta a su amigo podría muy bien corresponder a los alrededores de París del momento actual. No ocurre igual con este fragmento de su diario en el que nos da cuenta de una visita a Suresnes, ahora convertido en el populoso barrio de *La Defense*, indiscutible centro comercial y sede de importantes empresas industriales. Merece la pena la cita.

Hemos hecho una excursión a Suresnes. En el vaporcillo por el Sena. El río está espléndido. Más allá de Auteuil, el monte de Meudon al fondo, los bordes frondosos. La luz; el agua azul brillante. Después el brazo tranquilo del Sena. A nuestros pies las casitas desperdigadas de Suresnes, los tejados rojos. Un poco de río. La masa profunda de verdor del Bois de Boulogne, que sube en ligero declive. Corónalo el caserío de París, que se extiende cómo una franja blanca, entre la arboleda del bosque y el cielo azul.

Otra vez el vaporcito. En este siglo XXI el viaje sería en Metro o RER. Rascacielos de más de treinta pisos se alzan

ahora en lo que antes era Suresnes. Sin embargo, el verdor del *Bois de Boulogne* continúa intacto, así como la panorámica hacia París. Sigue la descripción de Azaña:

A la izquierda, en el fondo, surge la Butte, el fantasma blanco del Sacré-Coeur, sobre la colina oscura. El sol hiere unas veces, otras se oculta. La basílica aparece o desaparece a nuestros ojos, como en una obra de magia. Vemos correr las manchas de sombra, brillar y extinguirse los rayos de sol, según la marcha de las nubes. Todo de ensueño, entre gasas aparece en una calma divina.

Quizás lo más sugerente de toda esta página sea la llegada de la noche y el toque lírico con el que Azaña termina su descripción.

Anochecer; oro en el cielo y en el agua. Nubes rosas. Alegría del campo que se comunica; emoción y entusiasmo. ¿Cantar? ¿Llorar? Ser buenos y felices.

¿Se podrá expresar con más emocionado lirismo lo inefable de un atardecer?

Hemingway es uno de los grandes escritores que con más atención se han parado a contemplar el Sena: dejar de lado sus páginas, sería delito de lesa parcialidad. He aquí, firmada por su pluma, esta colorida estampa de la primavera en las orillas del Sena, jardines del Vert Galant y arboledas de la Cité:

Con tanto árbol en la ciudad, uno veía acercarse la primavera de un día a otro, hasta que después de una noche de viento cálido venía una mañana en la que ya

la teníamos allí. A veces, las espesas lluvias frías la echaban otra vez y parecía que nunca iba a volver, y que uno perdía una estación de la vida. Eran los únicos períodos de verdadera tristeza en París, porque eran contra naturaleza. Ya se sabía que el otoño tenía que ser triste. Cada año se le iba a uno parte de sí mismo con las hojas que caían de los árboles, a medida que las ramas se quedaban desnudas frente al viento y a la luz fría del invierno. Pero siempre pensaba uno que la primavera volvería, igual que sabía uno que fluiría otra vez el río aunque se helara. En cambio, cuando las lluvias frías persistían y mataban la primavera, era como si una persona joven muriera sin razón.

Este es Hemingway. No cabe duda que sus estampas de París tienen un marcado interés.

Por esas mismas fechas o un poco después llegó también a París Pío Baroja. Baroja es, dentro de la literatura española, una de las plumas que con más acierto y emoción nos han hablado de París y su río. Las citas que yo traigo hasta ustedes proceden de dos de sus libros: “Tragedias grotescas”, situado en el París de las postrimerías de Napoleón III, y su continuación, “El gran torbellino del mundo”, que comienza en París y continúa en Dinamarca. La primera –una conmovedora novela histórica– se inicia con esta inolvidable estampa de París en otoño:

El otoño fue dulce, templado, de una temperatura suave. Era una verdadera delicia sentarse en los bancos del Luxemburgo durante aquellos días tibios. El sol pálido

iluminaba los macizos de geranios, dalias, crisantemos y margaritas. Algunos días, lluvias ligeras refrescaban el follaje y avivaban el color de las flores. Los árboles amarilleaban lentamente.

Igualmente deliciosa es, páginas adelante, esta descripción de un atardecer en las orillas del Sena:

...Ya al caer la tarde, el cielo parecía un lago de ópalo, el río se ensanchaba, mostrando su transparencia misteriosa, y surgía del Sena una isla verde, llena de árboles, con todo el encanto de las cosas inciertas vistas en sueños.

No menos sugestiva es esta estampa de París en invierno. Vuelvo de nuevo a la cita:

Cayó durante todo el día una gran nevada que dejó un manto blanco y espeso en las calles y en los tejados. Al anochecer, París estaba silencioso como la nave de una catedral; las calles desiertas.

También anoto esta lírica estampa de un cementerio de aldea, uno de esos pueblos que se asientan en las riberas del río.

Dentro de sus tapias, entre olmos frondosos, cuyo follaje empieza a amarillear, brillan tumbas blancas y cruces de hierro, adornadas de siemprevivas y crisantemos. (...) Paz, serenidad, cielo ceniciento, tañido de una campana bien timbrada; deshacerse, perderse en la Naturaleza...

A la segunda de estas novelas corresponde esta colorida

estampa de la ribera izquierda del Sena en los finales del siglo XIX.

Al acercarse hacia la isla, aparece el puente Nuevo, con la estatua cabezona de Enrique IV, y después la vista clásica de París de las estampas y de los grabados, las torres de Nuestra Señora y de la Santa Capilla en un cielo pálido y nebuloso...

No son estos fragmentos las únicas páginas que Baroja ha dedicado a París y al Sena. Traer a la memoria todo cuanto el gran novelista ha escrito sobre la ciudad y su río seguro que daría para más de un libro. Es muy posible que tal recopilación tuviese un interés, pero sobrepasa los límites de este trabajo.

Se impone ahora hablar de Azorín. Azorín, uno de los escritores españoles del pasado siglo XX que han logrado un estilo más pulcro, más preciso y ponderado. En todo momento la palabra exacta, en todo instante la puntuación precisa, el matiz oportuno. Se ha dicho de él que “desempolva el léxico, lo pule y ordena la expresión”.

El libro que ahora comentamos se titula “París”. La obra tiene su origen en los tres años de autoexilio que Azorín vivió en Francia mientras España, tras la sublevación de los generales felones, ardía en sanguinaria guerra civil. En cuanto terminó la guerra, José Martínez Ruiz se apresuró a volver a España y ofrecerse a los sublevados para todo cuanto fuese menester. Francisco Umbral cuenta que se presentó en el periódico *Arriba* vestido de camisa azul y saludando brazo en alto. Tuvieron que decirle que no era necesario que se esforzara hasta ese extremo. Desde ese

momento hasta su fallecimiento en 1967, Azorín aceptó todas las lisonjas y honores que el ominoso régimen le fue ofreciendo. Hoy, al abrir su libro, prefiero olvidar estas circunstancias, y detener mi atención en las delicias del estilo. En el caso del libro que ahora comentamos, al preciosismo del lenguaje se une un apabullante alarde de erudición y *savoir faire* literario. Valga como ejemplo este fragmento sobre las librerías de París.

En París hay infinitas librerías; por todas partes se ven libros. La primavera en París es la estación más adecuada para el paseo lento, distraído, meditativo; la temperatura es clemente; el cielo, como casi siempre en París, nos muestra su ceniza; los árboles expanden su follaje en el ambiente dulce. Vayamos recorriendo los puestos de libros viejos a lo largo de los malecones del Sena. El río se desliza manso, de color acerado; entre la fronda de los copudos plátanos lo gris del cielo.

Si sugestivo es este paseo por los malecones del Sena, curioseando entre los *bouquinistes*, no lo es menos esta visita al monumental jardín de Luxemburgo, llevados de la mano del maestro. Hela aquí:

En el jardín de Luxemburgo existen estos dos elementos esenciales, como en todos los jardines y glorietas de París: masas verdes y pelouses. (...) La avenida es ancha; tiene majestad; son necesarias estas espaciosas avenidas para la belleza de un jardín; la vista se dilata por su anchura; comienza a esparcirse el ánimo; se tiene una sensación de reposo y de espaciosidad entre las masas verdes y las

pelouses. (...) Al estar en París algún tiempo, dos o tres años, y regresar a España, salta a la vista el contraste entre las masas verdes de España y las de Francia: en Francia son aéreas, fluidas; en España son densas, sólidas.

Una última cita antes de cambiar de escritor. Ahora se trata de una nueva estampa del Sena, contemplado desde el pretil del Puente Nuevo que, dicho sea de paso, es el puente más viejo de París:

En el Puente Nuevo suelo detenerme; de pechos en su pretil dejo correr el tiempo, como corren hacia la mar las aguas del Sena. Cansado de ver tanto libro en las cajas del río, apaciento los ojos en la corriente del Sena, que incansablemente, por siglos y siglos, marcha hacia el lejano piélago. El sitio es deleitoso: se evoca aquí, tal vez mejor que en ninguna parte, el pasado de la gran ciudad. La estatua ecuestre de Enrique IV, gran amor de París, nos estimula en el ensueño.

El 4 de marzo de 1967, con 94 años a las espaldas y una enormidad de libros en su haber, falleció Azorín, el reputado bruñidor de la palabra. Ahora, las nuevas lumbreras del siglo XXI, no leen a Azorín, y eso bien que se les nota. A la pulcritud del maestro ha sucedido, salvo raras excepciones, la ramplonería y mediocridad del momento actual.

Gutiérrez Solana, el pintor escritor, también llegó a París hostigado por la guerra de España. Mientras las dos Españas se enzarzaban a muerte en la guerra más mortífera y cruel de toda nuestra historia, él y otros como él, esperaban en Francia el final del conflicto.

En tanto llegaba la paz, ¿qué hacer? Pues... Lo que hace todo refugiado: pasear, ver y anotar. Fruto de esas anotaciones son los libros de Azorín y Gutiérrez Solana. Ambos llevan el mismo título: "París" Sin embargo una diferencia fundamental los separa: el de Azorín, es una filigrana de arte y esteticismo; el de Gutiérrez Solana se asemeja a la anotación, siempre precisa y minuciosa, de un meticuloso escribano que, carente de genio, intenta hacer con esmero y rigor su trabajo. El resultado es este libro bicolor –sólo blancos y negros– que, aunque no disfruta de una prosa tan exquisita como la de Azorín, no deja de tener su interés. He aquí una pequeña muestra:

Antiguamente el Sena era mucho más ancho que ahora. Era la vida de París cuando no había trenes y todo venía por mar de los pueblos de Francia y los pequeños veleros y las barcazas desembarcaban en el Sena los víveres que surtían a la gran ciudad; en sus muelles se veían los montones de carbón, sal y azúcar, los toneles de aceite, montañas de sacos, tapados con encerados negros, y las jaulas con reses y rebaños de corderos.

Antiguamente es un adverbio de una imprecisión desoladora. ¿A qué época se refiere el pintor-escritor? ¿Al París de la revolución, al medieval o al de la época romana, cuando la ciudad ni siquiera se llamaba París, sino Lutecia? Ambigüedad total. Todo queda en una vaguedad de sombras. Más acertado me parece este fragmento de uno de los muchos parques que, dentro o fuera de París, cualquier paseante puede encontrar en las proximidades del Sena. Esta vez, ante la melancolía del otoño, el escribano se convierte en auténtico escritor.

Al salir bajamos por una pradera abierta por un sendero. Rodean esta pradera los árboles centenarios; sus cimas gigantescas se enlazan unas con otras formando un toldo de hojas; ningún pájaro salta alegre por sus ramas como para no contribuir a romper el silencio de este paseo; en la corteza de los árboles tampoco hay nombres tallados de enamorados como en otros jardines, ni hay estatuas ni árboles que se abren en forma de sombrilla, ni lagos con cisnes. Todo es monótono; el suelo está alfombrado por todas partes de las últimas hojas, ya amarillentas, que el otoño desnudó de los árboles y que crujen bajo nuestras botas...

Después de esta breve antología de textos sobre el Sena, con tanta belleza y pulcritud anotada por la mayoría de los escritores mencionados, cabe preguntarse: ¿con cuál de las dos imágenes del río nos quedamos? ¿Con el río urbano, preso y domesticado entre los tristes malecones, embeleso de provincianos y turistas, o el Sena rural y natural, que discurre plácido y a su libre albedrío por campos y dehesas? Uno no tiene necesidad de formularse la pregunta: uno hace ya mucho tiempo que ha tomado partido. “*La libertad, amigo Sancho, –nos dice Miguel de Cervantes– es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los Cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres*”.

Si es así para las personas, yo me pregunto, ¿no ha de serlo también para los ríos?

Muchas gracias.

FRANCISCO GIL CARAVIOTTO
Turón (Alpujarra granadina) 1933.

Francisco Gil Craviotto, licenciado en letras por la universidad de París IV, nace en Turón (Alpujarra granadina) en 1933. Hace sus primeras armas periodísticas en el desaparecido diario *Patria* de Granada. Posteriormente, aburrido del ambiente provinciano de su ciudad y de la dictadura franquista, marcha a París. Allí, tras licenciarse en letras, ejerce la docencia y la traducción. También publica en la capital francesa, junto con otros profesores, un método para estudiantes de español –“Vamos a España”– y un diccionario de galicismos.

Tras su retorno a Granada en 1993 vuelve a su actividad periodística y literaria. Tiene publicados quince libros y ha participado en otros varios colectivos.

Aparte de la literatura, la otra gran pasión de Francisco Gil Craviotto es la jardinería. En 1989 vio recompensados sus esfuerzos al concederle el Ayuntamiento de Les Mureaux (Francia) el segundo premio de “Jardines Floridos de Francia” de esta localidad.

Francisco Gil Craviotto está casado, es padre de dos hijas y abuelo de un niño y una niña.

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. FERNANDO DE VILLENA



Excmo. Sr. Presidente
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos
Señoras y señores:

CUALQUIER punto del universo puede ser un aleph y Granada lo ha sido esta noche gracias a las palabras del escritor Francisco Gil Craviotto que han logrado poner en relación las aguas del Sena con las del Dauro y la gran literatura francesa con nuestro Pedro Antonio de Alarcón. Puede que Francisco Gil Craviotto ya no viva permanentemente en París, pero con su conocimiento de Francia y de los autores franceses trae un aire de frescura exterior a nuestra Academia.

Francisco Gil Craviotto, defensor siempre de la libertad, escapó de la España de la Dictadura y vivió largos años en París, se licenció en la Sorbona e impartió clases de castellano, pero a su regreso, ha publicado muchos y muy importantes libros y hoy sigue en plena actividad creativa.

Tras un largo silencio, a partir de 1996, Gil Craviotto retoma su quehacer como narrador y lo hace mediante la publicación de la novela *Los cuernos del difunto*. El mismo título nos da ya la primera clave sobre el libro. Al punto nos viene a la cabeza Valle Inclán, y además el Valle de la etapa esperpéntica. Sí, algo de esperpento encontramos en *Los cuernos del difunto*, pero afirmar esto sería quedarse sólo en la superficie. En esta gran novela, tras el humor negro se esconde una honda reflexión sobre la naturaleza humana, y sus disparatadas situaciones. La fluidez en el relato, la soltura en el diálogo, el hábil manejo de la ironía y la desbordante imaginación nos parecen admirables, pero el mayor logro de *Los cuernos*

del difunto habría que buscarlo en la fuerza de los personajes que de tan complejos nos resultan como de carne y hueso a pesar de que, en ocasiones, lleven nombres simbólicos como en las novelas de Unamuno (otro autor con quien Gil Craviotto se alinea) o en las novelas de Pérez de Ayala.

Desde la publicación de *Los cuernos del difunto* la actividad literaria de Gil Craviotto se vuelve incesante y así en 1999 nos descubre otra vertiente interesantísima de su prosa: la de biógrafo. *Retratos y semblanzas con la Alhambra al fondo* nos presenta una colección de dieciséis viñetas literarias dedicadas a otros tantos personajes, dieciséis retratos realizados con verdadero amor, con ternura, como si el conocimiento de cada uno de los elegidos hubiese marcado un hito en la vida del retratista, pero a la vez son retratos que, unos con otros, recomponen a la perfección lo que ha sido la Granada del siglo XX. Especialmente bien reflejado está el periodo de los años cincuenta, años de juventud del autor, en esa Granada en blanco y negro, “arcaica y tristísima”, sí, pero mucho más hermosa y viva que esta ciudad de hoy tan “impersonal y anodina”.

Gil Craviotto, valientemente, aprovecha muchos de estos retratos para denunciar todo lo denunciabile en una ciudad donde en toda época los desmanes, los abusos de poder, el triunfo del mal gusto y de la barbarie, han sido moneda común, aunque afila su ironía cuando nos habla de la censura del franquismo. Tiene también el libro mucho de memorias del propio autor; algunos de sus capítulos poseen carácter de relatos o apólogos; otros, finalmente, responden al esquema clásico de la entrevista.

En el año 2000, el autor publica un libro de relatos o, más exactamente, de estampas literarias, titulado *Mis paseos con*

Chica. Sin que falte belleza en esta obra, las pretensiones del autor son muy otras. Gil Craviotto es, como Rousseau, un meditador que pasea sin otra compañía que su perra; como Azorín, un pequeño filósofo, y el objeto primero de este libro suyo es realizar una profunda observación-reflexión sobre el hombre, sobre los hombres, sobre la Historia... O dicho de otro modo: la poesía aquí nace de la mirada del autor sobre algunos de sus contemporáneos.

Mis paseos con Chica representa sobre todo una llamada a la comprensión, a la tolerancia, en un mundo en el que sólo somos pasajeros, accidentes en la orilla de un río, por más que nos creamos otra cosa.

2003 es un año de gran actividad literaria para Gil Craviotto que logra dar a la estampa: una novela juvenil, *El caballero sin miedo*; un libro, *Casi unas memorias*, escrito en forma de estampas, a la manera de los volúmenes que Gabriel Miró dedicó a la figura de su alter ego Sigüenza, y también la obra *Nuevos retratos y semblanzas con la Alhambra al fondo*.

En 2004 nuestro autor vuelve a la novela con *Las bodas de Camacho*, narración de estirpe cervantina con cierto aire de tragedia clásica, a la manera de los dramas rurales de García Lorca.

De las negras pasiones de los hombres, tal vez sea la venganza ya que no la más disculpable, al menos la que puede alcanzar ciertas dimensiones épicas, y ésta es una historia de venganzas y también de frustraciones y de malos tratos, por lo que la obra nos resulta de una gran actualidad. *La boda de Camacho* encierra una perfecta fusión entre fuerza y lirismo y puede ser ejemplo de ello la admirable descripción de la joven muerta coronada de azahar y con el ataúd lleno de celindas y pétalos de rosas.

Sobre una pequeña anécdota que ocurrió a finales del siglo XIX en un pueblo de la Alpujarra, el autor logra levantar una compleja trama novelesca y realiza una vez más una feroz denuncia de muchos aspectos de nuestra sociedad actual.

A continuación, publica otros dos libros fundamentales dentro del género biográfico: *Mesa de León*, un periodista entre dos siglos (1859-1937), aparecido en 2005, obra que refleja con admirable erudición y amenidad el ambiente de la Granada anterior a la guerra civil, y *Enrique Villar Yebra: su vida, su obra* (2007), fiel retrato de aquel pintoresco e inolvidable artista granadino.

Del año 2008 es su novela *El oratorio de las lágrimas*, sobre el tema de la posguerra en un pueblo imaginario de la geografía española. Aquí nuevamente la denuncia del caciquismo enlaza con la ironía y con la visión esperpéntica de una de las épocas más sombrías de nuestra historia.

Finalmente, en *El siglo que se nos fue* (2010), Gil Craviotto nos ofrece siete relatos dedicados a la historia de España en sus momentos más significativos de la pasada centuria. Y aquí reaparecen las claves de nuestro autor: su amor a la libertad, su feroz alegato contra todo tipo de abusos, su admirable amenidad, su fino humor, su muy hábil manejo del erotismo y, sobre todo, su visión permanentemente dirigida a lo esencial del conflicto humano.

Con qué intensidad de narrador grande ha observado y recogido a lo largo de su vida y con qué lucidez y precisión nos ha entregado el fruto de sus observaciones.

Nuestra Academia necesitaba contar con él. Bienvenido.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada
el 10 de mayo de 2012,
179 aniversario del nacimiento
del escritor Benito Pérez Galdós,
en los Talleres de la Gráfica S.C. And.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Rienda,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMXII

